

XI domingo de Tiempo Ordinario

13 de junio de 2021

- **Ez 17, 22-24.** Yo exalto al árbol humilde.
- **Sal 91. R.** Es bueno darte gracias, Señor.
- **2 Cor 5, 6-10.** En destierro o en patria, nos esforzamos en agradar al Señor.
- **Mc 4, 26-34.** Es la semilla más pequeña, y se hace más alta que las demás hortalizas.

En aquel tiempo, Jesús dijo a la multitud: «El reino de Dios se parece a un hombre que echa semilla en la tierra. Él duerme de noche y se levanta de mañana; la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo. La tierra va produciendo fruto sola: primero los tallos, luego la espiga, después el grano. Cuando el grano está a punto, se mete la hoz, porque ha llegado la siega».

Dijo también: «¿Con qué podemos comparar el reino de Dios? ¿Qué parábola usaremos? Con un grano de mostaza: al sembrarlo en la tierra es la semilla más pequeña, pero después de sembrada crece, se hace más alta que las demás hortalizas y echa ramas tan grandes que los pájaros del cielo pueden anidar a su sombra».

Con muchas parábolas parecidas les exponía la palabra, acomodándose a su entender. Todo se lo exponía con parábolas, pero a sus discípulos se lo explicaba todo en privado.

(Marcos 4, 26-34)

1. Desde la Palabra de Dios

Volvemos a los domingos de tiempo Ordinario, volvemos “al verde”, a ese tiempo en que parece que no pasa nada, pero el Señor aprovecha para ir

haciendo caer su Palabra sobre nosotros como esa lluvia fina que empapa la tierra.

Las parábolas son un recurso o género literario utilizado por Jesús para presentar sus enseñanzas sobre el Reino de Dios. Jesús fue original en este estilo que no aparece en el Antiguo Testamento ni en la literatura rabínica. El tema central de las parábolas de los Evangelios es el Reino de Dios. Jesús, como buen sabio, nos descubre el misterio del Reino, plan o proyecto de Dios sobre la humanidad. Hoy leemos dos parábolas: la semilla que crece por sí sola y el grano de mostaza.

El Reino de Dios, sembrado en el campo de la humanidad, en el corazón de la historia, tiene la fuerza y la vitalidad suficientes para ir creciendo. Crece lentamente, pero su crecimiento nadie lo puede detener ni impedir. Primero un tallo, luego la espiga, después el trigo abundante (v. 28).

Los comienzos son sencillos y ocultos. Pero la fuerza interior que tiene la semilla va impulsando el crecimiento en una planta con sus frutos. Sin que él sepa cómo (v. 27). Las cosas del Reino, las cosas de Dios no se miden al estilo de nuestras medidas, que tenemos metros, básculas, balances, utilidades, productos, etc. En nuestra sociedad rige este criterio: "tanto vales cuanto produces". Así quedamos equiparados a las máquinas.

El principal Trabajador del Reino es el mismo Dios. Jesús les respondió: Mi Padre no cesa nunca de trabajar; por eso, yo trabajo también en todo tiempo (Jn 5, 17). El hombre es colaborador en la siembra. Y así debemos comprender cómo los valores del Evangelio van creciendo en la historia humana. La fuerza, oculta pero efectiva, del Evangelio ha ido venciendo muchas injusticias: esclavitud, sacrificios de personas a los dioses, derechos humanos, derechos de la mujer, justicia y solidaridad con los

pobres, atención a los enfermos, educación de los indígenas y campesinos, etc...

Cada uno, repasando su propia historia, percibirá que el Señor ha hecho maravillas a lo largo de su vida, dando el crecimiento a la semilla de la fe, que el bautismo sembró en nuestra conciencia.

La simiente de mostaza es mínima, como un punto de aguja. Sin embargo, está dotada de fuerza interior, que le hace crecer, desarrollar y dar cobijo a los pájaros. La pequeñez y la humildad son virtudes muy cotizadas en los Evangelios. Hay que aprender a valorar tantas actividades, pequeñas y silenciosas, frente a tantas noticias, grandiosas en apariencia.

¿Qué pueden valer nuestros pequeños servicios ante las grandes obras de la técnica moderna y de las grandes empresas? ¿Qué valgo yo en esta sociedad, donde se privilegia lo espectacular?

Esta parábola es una invitación a sembrar pequeñas semillas de una humanidad nueva. Jesús no habla de grandes proyectos. El Reino de Dios, su proyecto de salvación, es algo humilde y modesto en sus orígenes. Así, por ejemplo, el nacimiento de Jesús, conocido solamente por los humildes: María, José y los pastores...

Hay que vivir con gozo el momento presente. No soñar con un futuro prometedor. Sembrar y sembrar cada día, sin cansancios. Tener en cuenta las ocasiones actuales para realizarlas con la mayor entrega y generosidad. La siembra producirá sus frutos. Nos toca sembrar.

2. Desde el corazón de la Iglesia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En la página del Evangelio de hoy (cf. Marcos 4, 26-34), Jesús habla a la multitud del Reino de Dios y del

los dinamismos de su crecimiento, y lo hace contando dos breves parábolas.

En la primera parábola (cf. vv. 26-29), el Reino de Dios se compara con el crecimiento misterioso de la semilla, que se lanza al terreno y después germina, crece y produce trigo, independientemente del cuidado cotidiano, que al finalizar la maduración se recoge. El mensaje de esta parábola lo que nos enseña es esto: mediante la predicación y la acción de Jesús, el Reino de Dios es anunciado, irrumpe en el campo del mundo y, como la semilla, crece y se desarrolla por sí mismo, por fuerza propia y según criterios humanamente no descifrables. Esta, en su crecer y brotar dentro de la historia, no depende tanto de la obra del hombre, sino que es sobre todo expresión del poder y de la bondad de Dios, de la fuerza del Espíritu Santo que lleva adelante la vida cristiana en el Pueblo de Dios. A veces la historia, con sus sucesos y sus protagonistas, parece ir en sentido contrario al designio del Padre celestial, que quiere para todos sus hijos la justicia, la fraternidad, la paz. Pero nosotros estamos llamados a vivir estos periodos como temporadas de prueba, de esperanza y de espera vigilante de la cosecha. De hecho, ayer como hoy, el Reino de Dios crece en el mundo de forma misteriosa, de forma sorprendente, desvelando el poder escondido de la pequeña semilla, su vitalidad victoriosa. Dentro de los pliegues de eventos personales y sociales que a veces parecen marcar el naufragio de la esperanza, es necesario permanecer confiados en el actuar tenue pero poderoso de Dios. Por eso, en los momentos de oscuridad y de dificultad nosotros no debemos desmoronarnos, sino permanecer anclados en la fidelidad de Dios, en su presencia que siempre salva. Recordad esto: Dios siempre salva. Es el salvador.

En la segunda parábola (cf. vv. 30-32), Jesús compara el Reino de Dios con un grano de mostaza. Es un

semilla muy pequeña, y sin embargo se desarrolla tanto que se convierte en la más grande de todas las plantas del huerto: un crecimiento imprevisible, sorprendente. No es fácil para nosotros entrar en esta lógica de la imprevisibilidad de Dios y aceptarla en nuestra vida. Pero hoy el Señor nos exhorta a una actitud de fe que supera nuestros proyectos, nuestros cálculos, nuestras previsiones. Dios es siempre el Dios de las sorpresas. El Señor siempre nos sorprende. Es una invitación a abrirnos con más generosidad a los planes de Dios, tanto en el plano personal como en el comunitario. En nuestras comunidades es necesario poner atención en las pequeñas y grandes ocasiones de bien que el Señor nos ofrece, dejándonos implicar en sus dinámicas de amor, de acogida y de misericordia hacia todos. La autenticidad de la misión de la Iglesia no está dada por el éxito o por la gratificación de los resultados, sino por el ir adelante con la valentía de la confianza y la humildad del abandono en Dios. Ir adelante en la confesión de Jesús y con la fuerza del Espíritu Santo. Es la consciencia de ser pequeños y débiles instrumentos, que en las manos de Dios y con su gracia pueden cumplir grandes obras, haciendo progresar su Reino que es «justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo» (Romanos 14, 17). Que la Virgen María nos ayude a ser sencillos, a estar atentos, para colaborar con nuestra fe y con nuestro trabajo en el desarrollo del Reino de Dios en los corazones y en la historia.

(Papa Francisco. Angelus, 17/06/2018)

3. Desde el fondo del alma

Más allá de las palabras
te has convertido en presencia
que disfrazando en mil ritos
no he podido sepultar
ni esquivándote al andar.

Me esperas en cada esquina
y vuelves a darme vida
y vuelves a perdonar.
Alimenta el corazón
a golpes con la esperanza.

Haz que pierda la razón
y en esa locura crea
en la fuerza del amor
acercándose a mi encuentro
y yo te diré: gracias.

Gracias, gracias...
porque nada yo te di,
porque bien sabes de mí,
de esta oscuridad tan terca
que he levantado ante ti
y que sólo puedo abrir
con la luz que tú me dejas.

Gracias... gracias...
Como desde lo infinito
quisiste acercarte tanto
que te siento como un beso
en este trozo de barro...
poco o nada a rescatar.

Agua y polvo desahuciado,
si te digo que te quiero
tú lo habrás puesto en mis labios.